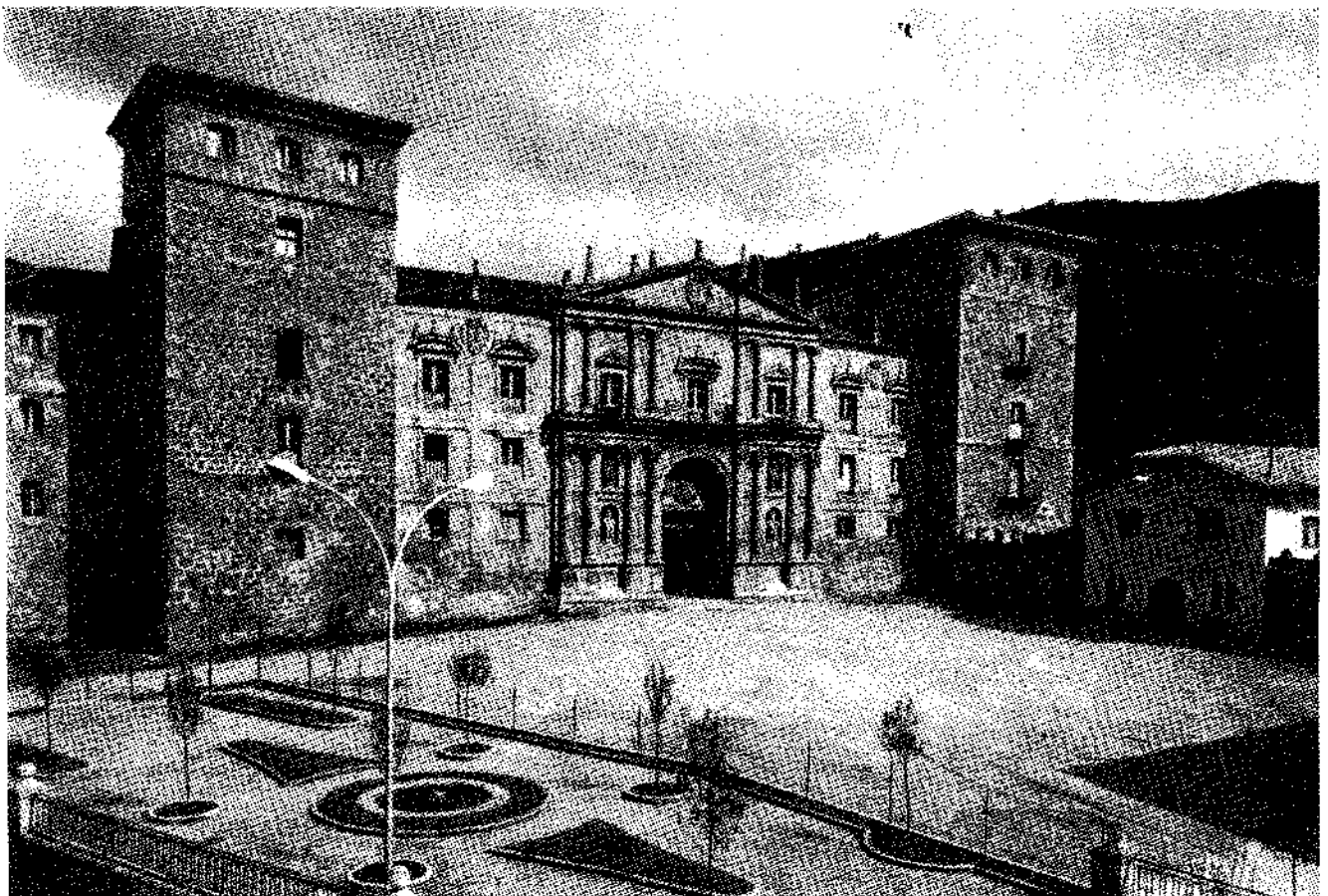


Vista panorámica de Oña con el Monasterio-Fortaleza a la entrada del desfiladero del Oca, junto al Ebro



Fachada principal del Monasterio (S. XVII)

INTRODUCCION

La vida de la actual Facultad de Teología de la Universidad de Deusto transcurrió durante unos ochenta años en la antigua Abadía benedictina de S. Salvador de Oña.

Ya antes de la Revolución de Septiembre de 1868, que expulsó a los jesuitas de España durante unos años, se habían suprimido de la Universidad española las Facultades de Teología. Las causas fueron muy complejas y de ningún modo se puede cargar la culpa sólo a los gobiernos de entonces, ya fueran moderados o progresistas. Todo esto ha sido estudiado concienzudamente por Melquíades Andrés en diversos libros y publicaciones. León XIII, preocupado por la postración en que estaban las ciencias eclesiásticas en España, intentó dar balones de oxígeno. Así concedió el título de Universidades Pontificias a los Seminarios Metropolitanos y al de Salamanca, junto con la facultad de dar los correspondientes grados académicos. Esta solución, calificada de emergencia por ser meramente de carácter nominal o extrínseco, de ningún modo supuso la creación de un pensamiento teológico capaz de afrontar los nuevos retos de la sociedad. En los Centros de Estudios de la Compañía de Jesús mediante un examen final especial de Teología, necesario para acceder a la profesión solemne, se podía obtener el doctorado en Teología y Filosofía. Pero en realidad los jesuitas españoles apenas prestaban interés a la consecución de esos grados académicos, dada la poca relevancia que tenían. Los que por su futuro destino requerían una formación ulterior, continuaban sus estudios en privado durante un bienio.

Tras la reforma de los estudios eclesiásticos originada por la Constitución Apostólica de Pío XI *Deus scientiarum Dominus* (mayo 1931), quedaron suprimidas prácticamente todas las Universidades Pontificias y Facultades de Teología de España por no cumplir el mínimo de los requisitos exigidos. Sólo quedó la Universidad de Comillas (Universidad

Pontificia desde 1904) y los Colegios Máximos de la Compañía de Jesús como Facultades reservadas sólo a los estudiantes jesuitas. Entre estos últimos se encontraba el de Oña. De ahí el título de esta sección: COLLEGIUM MAXIMUM ONIENSE, que por constituir un período del pasado ya cerrado, se presta mejor a consideraciones históricas de mayor objetividad.

* * *

Tiene esta sección dos partes. En la primera se narra la historia y vicisitudes de un centro de estudios alejado aparentemente de la «realidad». Una comunidad religiosa escondida en un monasterio benedictino, incrustado a su vez en las estribaciones cántabras, apenas parece que puede ofrecer otra cosa que su pequeña historia doméstica, entremezclada con ciertas salpicaduras del exterior. Y más si se tiene en cuenta que los comienzos de esa historia se sitúan en el siglo pasado, cuando los *mass media* no han trastocado aún los valores de la sociedad convencional. Pero la realidad no ocurrió así. La Oña jesuítica de finales del XIX y primera mitad del XX —prescindimos, como es obvio, de lo que para un medievalista puede suponer la Abadía de Oña— fue un resonador y amplificador de lo que ocurría a cientos de kilómetros. Incluso cabe decir que, por ser resonador y amplificador de los acontecimientos, éstos aparecen con más nitidez ante la mirada, nunca neutra, del lector o historiador, que busca con avidez conocer ahora las causas próximas de los avatares actuales. Integrista, carlista, liberalista y demás «ismos» se pueden escuchar con todos sus ecos dentro en los muros de la vieja Abadía.

En el año que los jesuitas llegaban a Oña ocurría en el mundo uno de esos inventos que han ocasionado radicales transformaciones (o revoluciones) de la vida y habitat humanos: *la luz eléctrica*. No deja de ser significativo que a los quince años aproximadamente del descubrimiento de Edison, los jesuitas de Oña pudieran prolongar sus estudios en las cortas tardes invernales del desfiladero del Oca a la luz de filamento eléctrico, hecho cuya importancia sólo lo apreciamos hoy en los días de restricción.

La corriente eléctrica se producía aprovechando las aguas benedictinas blasonadas con el primitivo escudo de Castilla. Como el lector podrá notar en varios artículos de la sección, causa sorpresa que el Rector de la Casa en aquel entonces fuera el P. Urráburu, varón bondadoso y pío («cuius memoria in bendicione est», según reza el historiador oficial P. L. Frías), personalidad compleja, cuya mente siente

ante el *continuum* las mismas angustias que experimentaron todos los grandes filósofos de la humanidad, desde los eleatas hasta Kant, y que al mismo tiempo, desde su «dulce destierro» de Oña, era uno de los más decididos animadores del rancio y decantado integrismo de la España inquisitorial.

Los jesuitas abandonan Oña por diversas y variadas razones. Se puede escribir la historia simplificando y decir que fue a consecuencia del Vaticano II. La salida estaba decidida bastante antes de dicho Concilio. Pero es también sintomático que, así como la luz eléctrica juega un papel importante en la permanencia en Oña, sea ahora otro invento revolucionario de las costumbres profundas del hombre, *la televisión*, el que cabalga en el oleaje del abandono de la soledad de Oña. Está por escribir la historia del influjo de la Televisión en la etología humana y queda todavía más lejano el estudio de su influjo en esa corriente de la vida de la Iglesia que se inicia allá en el Egipto Medio en el siglo IV, denominada universalmente con el nombre de «el monacato» o «vida religiosa». De hecho la televisión vuelve inútiles una serie de principios sobre los que se asienta esa «vida religiosa» tradicional: silencio, clausura, trabajo metódico y ordenado, etc. El hacer llegar la imagen de la pequeña pantalla a las gargantas del Oca, como en su tiempo la luz eléctrica, tuvo también su historia, que puede convertirse, depende de quién la escriba, en epopeya o en comedia. «Historia de la Oña jesuítica» podía quedar así subtitulada, bajo el epígrafe de «Entre la luz eléctrica y la televisión».

Somos conscientes de que no hacemos con estos artículos algo definitivo. Fundamentalmente se ha roturado un terreno, se han abierto pistas para trabajos ulteriores y, sobre todo, se ponen de manifiesto unos archivos de donde se pueden extraer materiales preciosos para una historia en profundidad de algo que trasciende los «estrechos» muros de un monasterio. La historia que aquí presentamos (hemos utilizado antes para Oña el epíteto de «amplificador») es una de esas muestras que se envían a los análisis del laboratorio. Ello no quiere decir que las características descubiertas a la luz del microscopio estén sólo en la muestra. Como veremos, en la historia de Oña se refleja la de la sociedad española.

Un primer artículo de L. Lopetegui abre brecha e intenta racionalizar entre el caos de acontecimientos y anécdotas las etapas y épocas concretas de toda historia. Es un punto de partida necesario que habrá que tener siempre en cuenta. A continuación M. Revuelta González analiza la elección de Oña como lugar de formación para una Orden cuya mística había quedado plasmada en el lema de *contemplativus in*

actione. Una cosa parece claramente desprenderse del análisis de Revuelta: los jesuitas del siglo XIX eligieron el Monasterio de Oña por necesidad. Pero pronto «hicieron de la necesidad virtud». Así gente de toda clase, obispos, sacerdotes y seglares, iban a Oña ciertamente por ser un buen Centro de estudios de la Compañía de Jesús dotado con una impresionante biblioteca. Pero tal vez iban fundamentalmente por estar instalado en la paz benedictina de una antigua y gloriosa Abadía.

El P. Luis Martín, futuro General de la Orden (en la que fomentó como pocos la pasión por el estudio serio y científico) y a la sazón Rector en Salamanca, en una visita que hizo a Oña en 1883 —por lo tanto, a los tres años de haberse instalado en ella los jesuitas— quedó impresionado por esos muros y claustros, rocas montañosas y desfiladeros, en donde antaño floreció el *ora et labora* de S. Benito. Algo que sin embargo buscaban después tantos futuros visitantes precisamente en un Centro de Estudios y Casa de Formación para los futuros miembros de la Compañía de Jesús.

De ahí que la pregunta surja inmediatamente: las Bulas y Documentos pontificios del siglo XIX repiten constantemente que la Compañía *restaurada* es la misma que la *antigua* Compañía de Jesús, suprimida también por la Santa Sede ante las presiones de las cortes borbónicas. *Jurídicamente* no hay duda alguna al respecto. Pero ¿era «entonces» *realmente* la misma? (*entonces*: es decir, antes del «redescubrimiento» de la espiritualidad ignaciana mediante los estudios histórico-críticos de *Monumenta Historica Societatis Iesu*). El tema, que estará como telón de fondo en algunos artículos de los dos volúmenes, requeriría un tratamiento mucho más a fondo. Aquí sólo lo podemos bosquejar. Con todo, «audacia y cautela» es lo que predomina en aquellos jesuitas españoles de la era de la Restauración canovista, que únicamente llevan sesenta y seis años de existencia. Existencia por otra parte bien precaria, continuamente expuesta a expulsiones y destierros y que la deben toda al favor de la Santa Sede y en concreto a un Papa, Pío VII, que había sido monje benedictino, y a un Secretario de Estado, Consalvi, capaz de medirse constantemente con el mismo Talleyrand.

Dos artículos más, uno del mismo M. Revuelta y otro de R. Sanz de Diego, nos muestran esa Oña como una «caja de tambor» o resonador de las ideas político-religiosas del tiempo. Como diríamos ahora anacrónicamente, se hacía también entonces una lectura socio-política de la realidad. La conclusión que se saca de ambas lecturas, la de entonces y la de ahora, es que en la vida humana la juventud del hombre se mueve, a pesar de tantos cambios, dentro de unas estructuras cons-

tantes: el *extremismo*. Extremismo calificado antes de derechas y ahora de izquierdas; pero al fin y al cabo, extremismo. La juventud clerical y religiosa es hoy de izquierdas. Dentro del convencionalismo de las palabras se quiere significar con «izquierdas» la ruptura con el orden existente, el cambio radical hacia una transformación total de la sociedad. La de hace un siglo era conservadora de ese orden. Era de «derechas». Pero en ambos casos, extremista. Estos son los hechos. El lector o los lectores podrán sacar conclusiones dispares. Pero no se podrá negar que la constatación histórica obliga a pensar.

Un artículo de F. García de Cortázar cierra esta primera parte, al tiempo que ofrece un marco general de la situación de la Iglesia española a fines del siglo pasado en relación con Seminarios, Noviciados y demás Casas de Formación para futuros eclesiásticos y religiosos.

* * *

Dentro del plan de esta sección viene una segunda parte, centrada más bien en lo propio de un Centro de Estudios de rango universitario: su Vida Académica.

Abre también esta sección un artículo de L. Lopetegui, en donde básicamente se trazan las líneas de una evolución, al tiempo que se ofrecen las pistas de un material precioso para seguir investigando. La Compañía Restaurada estaba muy preocupada, ya desde los comienzos de su nueva existencia, por los estudios que había que dar a sus futuros miembros, y en especial a los que iban a ser Profesos de la Orden. Tras el agotamiento de la Contrarreforma y de la Revolución francesa, el estado de la ciencia teológica en la vida de la Iglesia pasaba por uno de los momentos más críticos de su existencia. Había que «restaurar» a toda costa los estudios eclesiásticos. Y aquí aplicamos la palabra «restaurar» sin las connotaciones sociales o políticas que tiene y tuvo. La Compañía Restaurada, que partía casi de cero, fue tremendamente consciente de esta necesidad desde sus mismos nuevos comienzos. La antigua y famosa *Ratio* ya no servía. Había que refundirla y rehacerla a fondo. A los pocos años de la instalación de los jesuitas en Oña, se esboza en Italia para toda la Orden un proyecto de estudios en el que, supuesto el trienio filosófico, se dedica un quinquenio (frente al cuatrienio necesario para los grados académicos) al estudio de la teología. Su novedad está en el año de teología fundamental, del que se discute si deberá formar parte de los diez años necesarios antes de hacer la profesión. El proyecto en su totalidad no se impuso. Pero continuamente se vuelve a la carga, hasta que la Constitución de

Pío XI *Deus scientiarum Dominus* estableció pautas universales, sobre las de que debería moverse de ahora en adelante la reforma de la *Ratio*.

Quien se queje hoy de la inestabilidad de los planes de estudio y de las continuas mutaciones a que se encuentran sometidos, no puede echar la culpa ingenuamente al Vaticano II. Basta con que se asome a la segunda mitad del siglo XIX y primera del XX para ver los mismos problemas y las mismas quejas. He ahí otra gran lección de la historia oniense: la inestabilidad como algo congénito a toda obra humana.

Siguen tres artículos que intentan ser sólo tres botones de muestra de la vida académica del Colegio Máximo. (Un cuarto punto, la investigación patristica del P. J. Madoz, que lógicamente debería estar incluida aquí, dada su peculiaridad y sus circunstancias, la hemos convertido en sección especial, la tercera de este Volumen.)

El artículo de E. Elorduy recuerda aquel *Cursus Theologicus Oniensis* que, junto con su autor, Blas Beraza, entraron por la puerta grande de la teología centroeuropea de entonces. A continuación M. Nicolau describe la génesis oniense y demás vicisitudes de lo que comúnmente se conoce como *Sacrae Theologiae Summa*. Sesenta mil ejemplares vendidos desde el año 50 hasta los años del Concilio suponen un influjo extraordinario en el pensamiento teológico de la Iglesia. Se podrá ahora experimentar sorpresa, rubor o cosas semejantes. Eso es ya otro problema. Pero los números están ahí. Y si los números están ahí, lo más sensato es analizar objetivamente el fenómeno de lo que a nivel mundial vino a ser como lo más representativo de la colección B.A.C. de la Editorial Católica. Todo estudioso desapasionado tendrá que conceder al menos que el material y la erudición acumulados ahí son inmensos.

Un tercer artículo de E. Elorduy explica la existencia de lo que se conoce como *Archivo Suareciano*. La historia de Oña nos da aquí otra lección: es llamativo que una Orden, tan potente en recursos humanos como la Compañía de Jesús, no haya sido capaz de haber hecho en ediciones críticas modernas un *Corpus doctorum S.I.* («cuius laus in Ecclesia est», según frase de León XIII, que repiten ininterrumpidamente sus sucesores). ¿Merecen menos en la historia del pensamiento teológico y humano un Suárez, Vázquez, Bellarmino, etc?

Finalmente, un artículo de José M.^a Lera añade una serie de reflexiones de tipo teológico a las vicisitudes de la Historia del Colegio Oniense. Si la Historia de la Iglesia es una disciplina teológica, un *locus theologicus* dentro de la vida misma de la Iglesia, el teólogo debe sacar consecuencias precisas. La historia de una Facultad eclesiástica de Teología no tiene las mismas connotaciones teológicas que la historia, por

ejemplo, de una Facultad civil de Ingeniería, aunque ambas se inserten en la misma Historia de Salvación. En la historia de aquélla se actualizan una serie de realidades eclesiales, puestas de manifiesto por el Vaticano II, que trascienden el ámbito de lo meramente jurídico y se adentran en el Misterio mismo de la Iglesia.

* * *

Resumiendo: No se ha pretendido hacer una historia triunfalista, cosa que no viene al caso, y que además no sería Historia. Tampoco se tiene conciencia de haber realizado algo definitivo. Unicamente se ha roturado un terreno casi virgen, bajo la intuición de salvar del olvido algo que bien merecía la pena preservar.

«Si Oña todavía merece un recuerdo —se nos decía no hace mucho—, no es por su suarismo y casi ni siquiera por sus modestas aportaciones a la teología (¿qué queda hoy de Beraza, el mayor teólogo de Oña?), sino por su contribución a elevar, paso a paso, escalón a escalón, el nivel científico del pensamiento español, cosa que siempre se realizaba dentro de casa y luego se extendía afuera. Como ejemplos de esta extensión están la Universidad de Comillas, que empleó a antiguos alumnos y antiguos profesores de Oña; la revista *Razón y Fe*, fundada por un profesor de Oña, Pablo Villada; el movimiento misional español, ideado dentro de Oña por Hilarión Gil... Y esto por citar únicamente la primera de esas elevaciones de nivel, la ocurrida en torno al comienzo de siglo...

«La teología oriental fue el punto de partida de Hilarión Gil, según ha publicado recientemente el P. Lopetegui. Esta idea hubiera llevado a un contacto muy estrecho, aun teológicamente, con el Oriente cristiano; pero dado el camino que tomó, perdió sus mejores posibilidades en 1918 con la revolución rusa, y en 1945 la expansión del comunismo disipó lo que quedaba...

«Los estudios positivos han sido en Oña muy distintos según las materias. En Escritura hubo una figura, Murillo; pero el juicio actual que pesa sobre él es muy duro. En historia eclesiástica Oña ha hecho una obra meritoria, incluso en la extensión hacia afuera, ya que, desde la Gregoriana, Leturia y Villoslada han creado la actual escuela española de historia eclesiástica. En la historia del dogma sólo hay una figura de cierto valor, Madoz; pero su obra, excepcional en calidad, es modesta en importancia. En primer lugar, porque la patrología española difícilmente da para más y, en segundo lugar, porque sólo pudo emplear en ella 16 años de su vida.»

Por todas estas razones, porque la Facultad instalada en el Colegio Máximo de Oña contribuyó, paso a paso, escalón a escalón, a elevar el nivel científico del pensamiento teológico español¹, hemos creído conveniente describir con alguna más detención los hitos más destacados de ese período peculiar de su historia, que en forma genérica denominamos COLLEGIUM MAXIMUM ONIENSE.

¹ Dentro de las contribuciones indirectas de la Facultad de Teología de Oña a esta elevación del pensamiento teológico, hay que añadir su contribución a la formación de muchos profesores que enseñaron y enseñan en la Universidad Gregoriana, Instituto Bíblico y Oriental, en donde iniciaron en la investigación a multitud de alumnos españoles y de todo el mundo católico.